

TE DEJARÉ...

Te dejaré en el mundo como a una casta rosa
para que tu perfume haga del aire edén;
tú pasarás volando como una mariposa,
para dejar caricias y repartir el bien.

Y cuando me haya ido tu pensamiento en vano
habrá de hallar mi imagen, ¿dónde ésta se hallará?,
y entonarás un rezo de hondo sabor cristiano
que mi alma, en otros mundos, ya te agradecerá.

Vagando por el éter, cuando la sombra invada
el cuerpo de la tierra, yo te contemplaré:
«Aquella,—diré siempre—,fué la que más amaba»,
y cuando estés dormida tu rostro besaré.

Al impalpable beso responderá tu alma
y tus ojos despiertos, ¿qué se preguntarán?:
¿acaso a qué conjuro se perturbó tu calma...?
¡Y, a mí, tus pensamientos más dulces volverán!

FRANCISCO EMILIO GARCIA

COMENTARIOS DE UN ESCULTOR

LA noticia de que Enrique Pérez Comendador había dado una conferencia en Bilbao y que ésta versaba sobre el problema de la invasión de ciertas modalidades artísticas en los templos católicos, despertó mi interés no hace mucho y lamenté de veras no haberme hallado presente o que el laureado artista no la repitiera en sitio donde pudiéramos oírla. A una y otra circunstancia ha venido a suplir la publicación del texto de dicha conferencia bajo el título de *Comentarios de un escultor a la Instrucción de la Sagrada Congregación del Santo Oficio sobre Arte Sacro*. Por el contenido, que enfoca una cuestión palpitante en el ambiente artístico actual y por el nombre de su autor, a quien Extremadura debe glorias muy legítimas, el epítome más arriba aludido merece una glosa algo más detenida de lo que pueda representar una simple nota bibliográfica.

No hace mucho tiempo el hoy Cardenal Celso Constantini, en nombre de la Congregación de Propaganda del Vaticano hizo a la prensa unas importantes declaraciones, condenando el hecho de que algunos eclesiásticos mal orientados hubieran dado entrada en los templos católicos a los excesos de un estilo artístico (?) que rima poco o nada con la seriedad y unción que deben presidir tales lugares. Como esta declaración al parecer resultase o quisiera por algunos reputarse insuficiente, la Congregación esta vez del Santo Oficio, expidió una Instrucción clara y concreta acerca del arte sagrado, especificando de una vez para siempre cual es *el arte moderno que con debida reverencia y honor sirve a los sagrados sitios* y cuales son las *depravaciones y deformaciones* a que hay que impedir absolutamente la entrada en los templos. La Iglesia Católica ha opuesto así su NON POSSUMUS salvador a una contaminación más grave de lo que a primera vista pudiera creerse.

Los extremistas del arte pasaron primero de los *Salones-Club* y las *Academias-Breves* a los grandes recintos de las exposiciones v obtenido el triunfo en algunos de éstos, a favor del ambiente filosófico del momento habían ya extendido su intrusión hasta el interior de las Iglesias. Este hecho ha tenido lugar, naturalmente, en esos países donde flota una mentalidad que alguien ha llamado con chusca epéntesis *demonio-cristiana* (y sálvese lo que de irreverente pueda haber en esta nada desacertada palabra). En el nuestro, donde quien quiere sigue a Cristo y quien quiere al diablo, aun no se ha producido felizmente semejante invasión — ¡Esta España siempre

tan retardada! — y por tanto sólo hemos podido ver esos devotos primores en la fotografía o en la pantalla. Pérez Comendador en cambio, los ha admirado *de visu* y los comentarios que el espectáculo le ha sugerido llenan las jugosas páginas de su editada conferencia.

En cuantas ocasiones puede, nuestro gran escultor se complace en proclamar modestamente que él no es orador ni literato. Pero lo cierto es que la exposición que estoy comentando está vigorosamente pensada y lozanamente escrita y en ella desfila con recia plástica un cortejo de anécdotas del mayor interés, con el correspondiente rosario de verdades que de ella se deducen. Verdades de esas que el lector no podrá encontrar en las columnas de la crítica actual, pero que no por ello dejan de ser y de existir y que es inconscuso que terminarán por emerger del mar de convencionalismos inanes que en el momento presente es paisaje casi único.

La conferencia de Comendador corrobora la impresión que el cine y la fotografía nos habían producido, si es que puede llamarse simplemente impresión al indignado movimiento que la blasfemia y el sacrilegio suscitan en un buen creyente. Las reproducciones religiosas que ese *nuevo arte* ofrece a los fieles son «deshumanizadas, monstruosas, caricaturescas por deliberado propósito». Es decir, que no sólo están artísticamente lejos de representar, ni siquiera sugerir objetos e ideas, sino que producen en los que las ven, en vez del sentimiento de la piedad — finalidad única de la iconografía religiosa — los muy diferentes del asco, del horror o de la risa.

No de otra manera podría ocurrir. Los artistas a quienes esos abates *democrístianos* encargan sus imágenes o decoraciones son esencialmente ateos, judíos o descreídos que alternan esas supuestas obras sagradas con engendros de la más hedionda y morbosa obscenidad. Esas gubias y esos pinceles, manchados con la podre de los monstruos son los que pretenden luego tratar las figuras sacras y purísimas de Cristo o de la Virgen... ¡Qué lejos estamos de Angélico, de Murillo y de nuestros imagineros que además de artistas eran santos!

A lo largo de las páginas del librito nos topamos con casos peregrinos. Por ejemplo, aprendemos, no sin acre sorpresa, que en las decantadas Bienales de Venecia — la Venecia de Bellini, de Ticiano y Veronés, pero también la Venecia de los Carnavales locos — *algunas veces* forma parte del Jurado un artista. Pérez Comendador nos lo cuenta y hay que creerlo porque ese artista fué una vez él mismo, en la de 1950 por más señas. Son del más vivo interés sus memorias de tal ocasión y las descripciones de aquel *bazar de horrores* según Chirico, al cual me he referido algunas veces en las páginas de ALCÁNTARA, empleando frases que alguien tildó en su hora de irreverentes, pero que ahora veo eran eufémicas y tímidas.

La charla del escultor alcanza un máximo de oportunidad y certeza cuando habla de la coyunda de algunos artistas indignos de este nombre con el agío y la política demoleadora. Copio:

«Se fabrica el seudo arte moderno de todo género y cantidad gracias a: 1.º—La asociación internacional de marchantes de cuadros.

2.º—La crítica que *dicha asociación* ha adiestrado internacionalmente para asegurar la crónica artística.»

Nos fijamos especialmente en estos dos de los tres puntos que cita el texto e invitamos particularmente al lector a fijarse en ellos. Hace ya mucho tiempo que París es el faro de todos los *snobismos* del mundo. Al lado de muchos artistas que han edificado allá su legítima gloria, hay una infinidad de semidotados cuya menguada iniciativa no bastaba para alcanzar las cimas del éxito, pero sí era suficiente para piruetear en las cucañas de la extravagancia y por aquí llamar la atención *como fuera*. Es en la apellidada Ciudad Luz donde los *trusts* de marchantes internacionales, la banca judía del arte, al ver que no podían comerciar bajamente con la producción legítima, han aupado e impuesto como expresión estética máxima los partos imbéciles de esos artistas inicialmente fracasados. Escuchad cómo se expresa un hábil periodista, corresponsal de uno de los grandes periódicos europeos: (1).

«Esta enorme masa de pintura (se refiere a los innumerables cuadros de Corot, Renoir, Van Gogh, Modigliani etc.) que entonces (1914) se podía adquirir por casi nada, vale ahora miles de millones gracias a la hábil revalorización de los *marchands*, la mayor parte de los cuales han amasado con ella fortunas fabulosas.

«Estimulados por el ejemplo, mixtificadores y falsarios han hecho de la «joven pintura» y de la «pintura nueva», su mejor campo de especulación pues a la tentación económica se une la *facilidad técnica* (subrayo yo). El especialista en la reproducción de obras de grandes maestros Luigi Serni sostiene que una buena imitación de las primeras firmas de la pintura italiana, flamenca o española exige por lo menos de dos a tres meses. Por el contrario, la imitación de una obra de Cézanne, Renoir, Corot, Bonnard o Picasso puede obtenerse holgadamente en pocos días». (El cronista que suscribe ha tenido que sufrir los iracundos ataques de algunos «artistas» y «críticos», por sostener este axioma, tan obvio como el principio de Arquímedes; obra maestra que cualquiera puede imitar, no es obra maestra sino engendro pedestre).

Todo esto se escribió a propósito del ambiente que los «Trusts» de marchantes imponen en las bolsas artísticas europeas y que tiende a desvalorizar el arte clásico y consagrado por la Historia,—con el que ellos no pueden mercachiflear—al objeto de elevar escandalosamente las cotizaciones de las obras modernistas. Así, en la Galería Charpentier se vendió recientemente un Goya en seis millones de francos, y un Rembrandt en nueve millones, al paso que otros cuadros de Cézanne o de Renoir alcanzaron el precio exorbitante de treinta y tres millones de francos. Si entramos en los terrenos del claro antirrealismo (Picasso, Derain, Matisse) las valoraciones son igualmente astronómicas.

Sin duda esto es sólo posible con la complicidad ovina del papanatismo mundial que es quien paga esas absurdas cifras. Estos *pagina-*

(1) Antonio Martínez Tomás.

nos son millonarios o industriales o dueños de hoteles que, incapaces de distinguir la *Gioconda* de Rita Hayworth, firman cheques sin chistar por la mercancía que una crítica baratera y servil (esa crítica aludida en el punto 2.º) les dictamina de buenísima.

Se oyen, al tratarse de juzgar el contenido artístico de los templos, opiniones para todos los gustos, pocas de ellas, sin embargo, edificadas sobre un basamento firme. No hemos de perder de vista que el adjetivo *religioso* aplicado al arte, modifica fundamentalmente el concepto puro de éste, toda vez que le da un fin distinto de la mera emoción estética. Una obra torpe o estereotipada rara vez será capaz de cumplir aquel fin especial. Pero también pueden existir grandiosas concepciones artísticas que, versando sobre temas religiosos, se apartan de la misión que la ascética les tiene asignada.

Tomemos como ejemplo el celeberrimo *tondo* de la Sagrada Familia, de Miguel Angel. He elegido esta obra por ser una de las maestras de tema religioso y porque efectivamente no puede dejar de ser recordada visualmente por cualquier aficionado a la Pintura. Ante este cuadro circular, como ante muy pocos otros, nos sobrecoge la impresión de lo perfecto, de lo insuperable. La recia arquitectura de la composición, el vigor de las líneas, la armonía espontánea del colorido, todo en fin nos habla de plétora, de maestría y de logro. Sin embargo, esta obra sin precio ni evaluación posible, esta cima inaccesible del arte universal, no es precisamente un modelo de arte sagrado. La figura de la Virgen, protagonista del cuadro, ni por su ademán ni por su atuendo responde a la idea que los católicos tenemos y exigimos de la Madre de Dios. Pero además de esto, en ella no hay un solo átomo de transcendencia religiosa. Es una hermosa mujer festejando con libre naturalidad a un hijo hermoso. Una madre tipo de todas las madres de la humanidad, con excepción de la Madre Virgen precisamente. Detrás de ella, un viejo gladiador nos hace recordar a Saturno o a Peleo mucho antes que al grave y justo José. Para terminar, el friso de figuras desnudas en último término que complementa la gracia y la lógica de la composición, completa igualmente la plácida sensación de paganía de toda la obra. Arte en el más puro sentido de la palabra, arte maravilloso, inigualable, pero no arte sacro. El *tondo* de Florencia habla con portentosa voz a nuestra sensibilidad artística, pero no dice una sola palabra a nuestro anhelo religioso.

Si esto ocurre con Miguel Angel probablemente el más grande artista que ha producido la Humanidad, descendiendo en picado al arte abstracto y semiabstracto de nuestros días, la lección es aún más elocuente. Con un criterio amplio, podemos admitir en la palestra pública, obras de cualquier tendencia y de cualquier valor, pero de ellas sólo podrán entrar en los templos las que, como dice la Instrucción ya citada «contribuyen de la mejor manera al decoro de la Casa de Dios y promueven la fe y la piedad de los fieles».

No hay inconveniente en que los Museos o Salones exhiban, por ejemplo, esos cristos desgarrados y trágicos hoy de moda y de los que el pintor español Prieto Cousent ha dado estimables versiones.

Pero una Iglesia no es un museo ni en ella se entra para experimentar audacias o novedades. Esos cristos de Prieto, como los de Matisse o de Zadkines, tienen el inconveniente de que *no son Cristo*. Ningún artista puede olvidar que la figura que está modelando o pintando pendiente de un madero es algo más que un hombre. El modelo, no antes ni después igualado, del verdadero Cristo en arte sacro es el de Velázquez, donde el ser humano colgado en el patíbulo, tiene no obstante toda la majestad del Dios sentado en su trono. He aquí una lección que deberían aprender muy bien esos traficantes demonio-cristianos que, como he dicho en otro lugar (1) se han propuesto convertir nuestros altares en *totems* polinésicos.

En medio de la desorientación en que se mueve el público de arte, la conferencia de Comendador es — y perdónese el tópico — un faro de luz blanca. Luz auténtica y pura porque procede del más legítimo de los manantiales: la mente de un verdadero artista. Nada mejor para dar fin a esta glosa, que reproducir las palabras con que el conferenciante concluye, a su vez, su trabajo. Palabras clásicas y tajantes, libres de confusionismos, definidoras y definitivas y que para honra del que esto firma, coinciden en un todo con otras suyas, en ocasiones y por motivos análogos escritas.

«Nosotros, los que albergamos el espíritu de la cintura para arriba, podemos contribuir a ganar las almas con un Arte sano, pero impregnado de espiritualidad; un arte con herencia, pero vivo; ordenado, pero sin recetas; a imagen y semejanza de Dios, del Hombre; sin deformaciones, pero no fotográficos; osado, pero con leyes; con principio y con normas, pero sin rutina y, en su construcción, bello como bellas queremos las almas».

CARLOS CALLEJO

(1) «El Correo Literario», 1951.

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.